

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

ELECCIONES EN AMÉRICA (1)

EL PRAGMATISMO CHILENO

EN el plazo de pocas semanas hubo dos consultas electorales en América. La primera en Chile. La segunda en los Estados Unidos. La república hispano-parlante de la «loca geografía» que se extiende entre los Andes y el Pacífico como una interminable faja costera, eligió, por escasa mayoría, a Salvador Allende, presidente de la nación. Era el candidato de la Alianza Popular, de base socialista y comunista, con algunos elementos radicales. Frente a él se presentaban Radomiro Tomić, como hombre de la democracia cristiana, y Jorge Alessandri, abanderado de la derecha conservadora. Los votos de Alessandri y de Allende no se distanciaron entre sí sino en unas decenas de miles. La democracia cristiana obtuvo un tercer puesto, algo a la zaga de los otros dos. La Constitución chilena era prudente y equilibrada desde los tiempos de Diego Portales. El voto de las Cámaras ha de confirmar, al cabo de un plazo de varias semanas, la mayoría simple alcanzada por el candidato presidencial. Los votos parlamentarios demócrata-cristianos se unieron a los de la Unión Popular de Allende para ratificar el resultado del sufragio directo. Algunos comentaristas han colegido de esa actitud que su motivación ha sido una primacía del partidismo sobre el interés general. Mal interpretan, a mi juicio, los que así expresan la posición de los muchos hombres de la derecha progresista que siguen a Eduardo Frei. En primer lugar, alterar el resultado de la consulta presidencial, cediendo los votos a Alessandri, hubiera sido tanto como dar un golpe de Estado anticonstitucional, abriendo así el camino a las aventuras militares o revolucionarias. En segundo término, los demócrata-cristianos coinciden en un gran número de puntos con la Unión Popular de Allende en cuanto a la necesidad imperativa y la urgencia de las profundas reformas económicas y sociales que el pueblo chileno espera.

No es tarea sencilla, ni fácil, llevar a cabo en cualquier país modificaciones auténticas de la Imbricación económica vigente. Las inercias se-

culares, los intereses predominantes, la presión de los grupos, la sombra del capitalismo internacional y, sobre todo, la dificultad de crear cuadros técnicos con sentido empresarial moderno, son todos ellos factores que coadyuvan al inmovilismo. En Chile, desde la exposición económica que representó el alza del nitrato y su consumo masivo en Europa y el descubrimiento de los gigantescos yacimientos de cobre, la tensión social producida por los contrastes abismales entre riqueza y pobreza de una minoría y una mayoría, no ha hecho sino acrecentarse en formas considerables en los tiempos actuales de revolución tecnológica, avalancha demográfica, comunicación instantánea de noticias y rebeldía general de la sociedad juvenil.

En toda la América latina soplan vientos huracanados de revuelta y cambio. Mientras el Continente de cultura ibérica marcha hacia cifras impresionantes de aumento vertiginoso de población, los problemas de fondo, es decir, el analfabetismo, la miseria y la enfermedad se agravan en formas amenazadoras. No es optimista el pronóstico de los años próximos para los pueblos de nuestra lengua. Las sacudidas serán generales y continuas. Las soluciones, remotas o lejanas. Los períodos de estabilidad, cada vez más escasos. Cada día se perfila un poco más este proceso. Para encauzarlo hay varios sistemas que se practican en aquellas tierras desde hace un quinquenio, por lo menos. O la dictadura militar conservadora, apoyada en las oligarquías terratenientes o industriales. O la dictadura militar de izquierda, socialista y nacionalista, apoyada en las clases medias y en cierta medida por el sector obrero. O las fórmulas marxistas de economía centralizada. Brasil, Argentina, Paraguay son ejemplo de la primera solución. Bolivia y Perú están intentando la segunda. Cuba es el ejemplo de la última. Países como Uruguay o Ecuador mantienen gobiernos conservadores, sin atreverse a manifestar demasiado ostensiblemente el latente apoyo de la fuerza que los sostiene. Venezuela es el único país que mantiene todavía un régimen de gobierno de inspiración demócrata-cristiana.

La democracia cristiana intentó en Sudamérica salir al encuentro de la sedienta aspiración de reformas, evitando la confrontación revolucionaria. Logró el poder además de en Caracas, en Lima, con Belaunde, y en Chile, con Frei. Ninguno de los dos políticos, pese a sus brillantes condiciones humanas y su innegable buena fe, lograron implantar las reformas en el grado preciso. La infiltración de la derecha inmovilista, anclada en sus privilegios, atenuó sus planes. Las dictaduras militares de la derecha triunfantes en otras capitales cercanas, coadyuvó a ese clima de recelo y falta de apoyo que dio al traste con sus propósitos.

En Chile ha triunfado la Unión Popular, que propugna las mismas reformas que la democracia cristiana pero llevadas a un extremo de tipo socialista inequívoco. Aquí se han rasgado las vestiduras en más de un estamento por el hecho de que Allende incluye en su Gobierno al partido comunista chileno con varias Carteras.

Los precedentes abundan. Aguirre Cerdá, ministro del primer Alessandri, el famoso «León de Tarapacá», no tuvo empacho en forjar un frente popular con socialistas y comunistas, en 1938, para afianzarse en el poder y en la presidencia de la República. Cuando Gabriel González Videla, otro radical, alcanzó la presidencia en 1946, incorporó tres ministros comunistas a su Gobierno, a quienes dio las Carteras de Colonización, Agricultura y Obras Públicas. No hay, pues, motivo para desgarrarse la camisa. Se dice que en Washington existe un clima de temor y recelo muy acusado hacia el nuevo Gobierno y su presidente. Sería bueno no pecar de simplistas en el aspevitio y mirar con más objetividad el problema. ¿Quién ha sido eliminado en Chile de la posibilidad de Gobierno? Los extremos. Ni el «chequevarismo» o el maoísmo con su guerrilla campesina o urbana. Ni la derecha ultra con sus conspiraciones decimonónicas y sus atentados espectaculares, tienen, hoy por hoy, posibilidades. Chile ha elegido la vía de preservar su sistema democrático constitucional que no conoce desde 1932 golpe de Estado alguno. Casi cuarenta años de norma-

lidad legal en la sucesión de los presidentes representan en la historia contemporánea de Sudamérica un récord difícil de superar. El haber alcanzado el poder por la vía de las urnas, por vez primera en Hispanoamérica, ¿no significará también para el marxismo una enorme lección y experiencia, de la que se beneficiarán los demás socialismos de América? Si los movimientos de ese signo aceptan ese camino y abandonan gradualmente la táctica insurreccional y subversiva, ¿no será precisamente ese cambio de orientación un factor de responsable estabilidad en el desarrollo de la gran mutación?

Con sus 270 millones de seres y sus 650 millones previstos para el año 2000, la América de nuestra cultura se enfrenta con una carrera de velocidad entre los muchos que nacen y los pocos que comen. Entre las inversiones foráneas que aprovechan a los menos y las deudas exteriores que aumentan cada año, pese a las aparentes alianzas para el progreso y otras zandajas.

Si los liberales del centro, apoyados y alentados por Kennedy, intentaron desde 1960, fórmulas democráticas reformistas para subvenir a las avalanchas que se anunciaban, fuerza es reconocer que su empeño se malogró, acaso por falta de audacia o por la escasez de instrumentos humanos capaces de hacer funcionar una economía competitiva de mercado libre como forma de expansión y desarrollo económico. Allende lo va a intentar ahora, con inspiración marxista. El pragmatismo político chileno, hecho de mil sutilezas y saberes, buscará la manera de capear el dogmatismo rígido para no aniquilar la gallina de los huevos de cobre que sostiene la riqueza del país. Si lo logra en el mandato de los seis años próximos, habrá quizá encontrado y descubierto «una secreta senda», como escribía Alonso de Ercilla cuando marchó con los suyos a encontrar el paso que abriera Magallanes.

José María DE AREIZA

OTRA INTERESANTE NOVEDAD PARA SU PEQUEÑA BIBLIOTECA DAIMON



100ptas ejemplar.

EDICIONES DAIMON, MANUEL TAMAYO Provenza, 284 — BARCELONA (8) Mayor, 80, 1.º — MADRID (13)

Reconocimiento médico anual «CHECK-UP»

La salud no es simplemente la ausencia de la enfermedad, sino un estado de bienestar físico, mental y social. Por desgracia, en esta época de increíbles adelantos científicos, el individuo sólo acude al médico cuando su salud está alterada, buscando la curación de una enfermedad que, en muchos casos, pudo ser evitada. De aquí la necesidad del examen médico completo anual.

El reconocimiento médico especializado consiste en el examen minucioso de todos los sistemas y aparatos, quedando en su poder un dossier completo de todo el historial, exploración clínica, junto con los datos de laboratorio y radiografías a usted practicadas.

Esto es lo que actualmente le ofrece el INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO a través de un equipo de especialistas reunidos en un solo local y con una unidad de criterio para que usted pueda realizar su revisión periódica con un mínimo de tiempo y de molestias.

INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO, Avda. del Generalísimo Franco, 598, 2.º (Calvo Sotelo). Tels. 217-94-76 y 217-96-32.

CAOBA BACU

Una madera de clase
Construcción, Decoración, Mobiliario

UN ANTAGONISMO FUNCIONAL

Las gentes que más o menos serio se dedican a la política —tanto si gobiernan como si no— suelen desconfiar de los intelectuales. El hecho es cierto para todos los tiempos y para todas las latitudes, y no importa mucho el signo «doctrinal» que intente justificarlo. A menudo, incluso, la desconfianza se convierte en verdadera alergia, con los subsiguientes episodios de sanción: cárcel, exilio o algo peor, cuando la hostilidad dispone del poder; denigración sistemática, boicot moral o repudios militantes, cuando opera sin armas. De ello da razón un vasto «santoral» laico, a cuyo frente podríamos colocar, por ejemplo, el nombre de Sócrates, tan solemne. ¿Será necesario añadir detalles? Por flaca que sea nuestra memoria, no nos costaría demasiado esfuerzo improvisar una gloriosa lista de referencias: Séneca y Diderot, Giordano Bruno y santo Tomás Moro, Galileo y Chateaubriand, Ovidio y Dostoievski, Dante y Voltaire, Boecio y Hugo... En lo que va de siglo, la situación se ha agravado, a raíz de una serie de convulsiones colectivas trágicamente obvias, en unos casos, y grotescamente increíbles, en otros. Me abstendré de evocarlas una por una, y creo que perderíamos tinta y espacio en la reseña de víctimas. De Einstein o Freud, «desterrados» por Hitler, a Roger Garaudy, «desterrado» por su partido, el panorama no puede ser más significativo.

Naturalmente, espero que el lector no se confunda y saque la conclusión de que pongo en el mismo nivel a Einstein que a Garaudy: este último no me merece ningún respeto, pero, en definitiva, también pertenece al gremio y su peripécia ha de ser computada. Observaré, además, que no siempre el ataque se produce en términos «políticos». Dostoievski paró en la «casa de los muertos» por complot contra el zar, y Víctor Hugo tuvo que salir de París por temor a las represalias de Napoleón «El Pequeño». Pero los procesos que sufrieron Flaubert, Baudelaire o Wilde, con la apariencia de constituir simples defensas de las «buenas costumbres», respondían a la misma, profunda motivación. La cicuta, la higuera y el hacha, en épocas lejanas, marcaron los extremos de la manobra: la mazmorra y el campo de con-

EL INTELLECTUAL Y LOS POLITICOS

centración han sido fórmulas más extendidas, en tiempos recientes; las diversas modalidades del «extrañamiento» se han sucedido, como complemento, durante los dos milenios y pico de vida occidental y presuntamente civilizada. Calvino y san Juan de la Cruz, Ezra Pound y Solszenitsin, Pere Galés y... La tentación de alargar la nómina se impone. Más de media vida del marqués de Sade se consumió en la Bastilla y en otros edificios de idéntica falta de amabilidad: ¿sólo porque aquel aristocrático gramófono practicaba unas miserables formas de libertinaje?

He barajado alusiones contradictorias y escandalosas, y lo he hecho con premeditación y alevosía. No se me oculta que los «sufrimientos» de un Charles Maurras no poseen el mismo «sentido» que los de un Jean-Richard Bloch, fusilado por los nazis, y valga la mención francesa. Pero ahora está de moda eso que llaman «estructuralismo», y quizá fuera factible precisar una especie de esquema «estructural» que recoja y resuma la tensión «intelectuales» - «políticos» —exactamente «políticos» «versus» «intelectuales»— en lo que tenga de antagonismo funcional. Insisto en la palabra: funcional. Conveniría examinar si, por debajo o por encima de las discrepancias ideológicas, existe un «antagonismo» inesquivable entre políticos e intelectuales, derivado de la «función» que unos y otros, respectivamente, pretenden cumplir en la sociedad. Sospecho que, en el fondo de este análisis, acecharía el riesgo de confusionismos «históricos» muy poco honestos. Pero, sin ánimo de ofender y para hacer ejercicio, no estaría de sobra que alguien afinase el análisis. Por lo general, en los papeles, se habla más de «el intelectual y la política» que de «el intelectual y los políticos» (esto es: de «el intelectual y los-políticos-aunque-sean-de-su-misma-cuerda»). La diferencia es notable, a mi entender.

Notable, y servirá, ante todo, para eliminar equívocos. Porque también se hace imprescindible advertir que ha habido momentos —momentos concretos en países todavía más concretos— en que algunos intelectuales, tal vez muchos, han «participado» sonrientemente en la políti-

ca, y hasta han ocupado cargos conspícuos. El monstruoso y genial Goethe, y el submonstruoso y subgenial Malraux, son tipos ilustres del «intelectual-político» (y el guión, aquí, es ilativo, casi copulativo): lo de menos es la duración de la anécdota. Se trata de excepciones, sin duda. Además Goethe y Malraux, en tanto que ministros, no actuaban como intelectuales. Junto a ellos, habría que poner a las eternas pandillas aúlicas. Los intelectuales dóciles son, habitualmente, «palaciegos»: Leonardo de Vinci o Racine, Bernat Metge o Lope de Vega. Cuando la dependencia del «señor» se difumina, siguiendo los cambios del «tinglado», el carácter «palaciego» no varía: Proust y Valéry ¿lo eran menos —menos «palaciegos»— que Corneille o que cualquier otro Fulano de Tal cortesano? Bien mirado, la mayoría de los intelectuales que en el mundo han sido, agobiados por la necesidad del salario, han hecho el caldo gordo a los poderosos: a los «políticos». No tenían más remedio. Villon, no; Rimbaud, tampoco. Pero éstos son los que van al calabozo, los que se ven forzados a emigrar, los que dejan de escribir. Y los recalitrantes de cualquier pelaje: León Bloy, Kafka o el nimio Noguerras Oller.

A pesar de los pesares, por muy «aquietos» que parezcan o sean los intelectuales, el político les teme. Le huelen mal. Nunca está seguro si saldrán por peteneras: sabe que la escala de valores —digámoslo así— que ellos acostumbra a esgrimir y a exhibir es muy distinta de la suya, y espera la discrepancia. Nada molesta tanto al político como la discrepancia: la discrepancia «política». Se ha de ser muy «liberal» para aguantarla con paciencia. La verdad es que, por regla general, la recibe como una ofensa. No intuye en su énfasis un deseo de colaboración —y el intelectual, de Sócrates a Garaudy, pasando por Galileo y Lutero, sólo aspira a «colaborar», esto es, a perfeccionar la maquinaria—, y monta en cólera. La familia de los intelectuales auténticamente revolucionarios es más bien escuálida: pienso en «revolucionarios» dentro de su propia esfera Garaudy es un reformista dentro del

marxismo, Lutero era un reformista dentro del catolicismo: ni el uno ni el otro pueden ser calificados de «revolucionarios». El intelectual es tendencialmente hombre de arreglos, de depurativos, de tiquismiquis agudados y transaccionales. Si mis colegas me perdonan el abuso terminológico, yo me atrevería a decir que todo intelectual es, aunque no quiera, un animal insintintivamente derechista. Aunque no lo quiera y aunque el aspecto exterior —verborrea o concepto— sugiera lo contrario. Únicamente una línea marginal se exime: Villon y Rimbaud, y Bloy, Kafka y Noguerras Oller (y etcétera). No Brecht ni Aragón, por supuesto.

¿«Derecha»? He estampado el vocablo nefando. Lo siento. Soy plenamente consciente de la aberración, de la cual me arrepiento sobre la marcha. Pero de algún modo hay que expresarse, y he pretendido subrayar, sencillamente, la vocación «perfeccionista» —cada cual en su terreno: Sócrates, Lutero, Garaudy— del intelectual corriente y moliente. Y esto me lleva a una postrera observación: una gran cantidad, la mayoría absoluta de los intelectuales, y entre ellos no pocos de los más insignes, son de derechas, pero de derechas en la aceptación más taxativa de la etiqueta. Citaré una docena de apellidos contemporáneos memorablemente excelentes: Claudel, Eliot, Ezra Pound, Yeats, Josep Pla, Mann, Aldous Huxley, Miguel de Unamuno, Henry Miller, Robert Musil, Proust, Joyce. Algunos de ellos —para expresarlo como lo hizo un deslenguado periodista yanqui— están incluso a la derecha de Genghis-Khan. O a mi modo: frente a Claudel, Eliot, Unamuno o Pound, Fernando VII da la impresión de ser un radical-socialista de cuerpo entero... ¿Entonces? Una de las paradojas del asunto es que, precisamente, los políticos de derechas son los que más suspicacias albergan de cara al oficio del intelectual. No hay para tanto... Pero justamente por eso, porque «no hay para tanto», surge el escrúpulo de si la oposición entre el intelectual y los políticos no será «funcional» antes que «ideológica»...

Joan FUSTER

¡HERNIADOS!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá conteniendo mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo). BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322). Visitas, de 10 a 1 y de 4 a 7

TELEVISORES

TODAS MARCAS Desde 125 ptas. semana. Facilidades 2 años. Regalo mesa y antenas. Entrega al día. Tel. 246-31-92